

Ese hombre fué, con algun intervalo, seguido de otros dos que el anacoreta acogió con la misma dulzura de palabra y bondad de corazón.

Al cabo de un año diez hermanos se habian agrupado bajo su disciplina. Por su orden construyéronse diez celdas con los restos del destruido monasterio y se establecieron en ellas.

Finalmente, despues de seis años de mortificacion continua, el santo varon sintió acercarse la hora en que la muerte iba á romper los lazos de carne que mantenian su alma cautiva, y regocijóse á esa idea.

Entonces llamó á Ramiro, uno de sus solitarios compañeros, y le manifestó sus deseos, su postrer voluntad, que Ramiro prometió cumplir.

En efecto, todo se hizo segun él dispuso.

Se le acostó en un lecho de ceniza, rodearon su frente de una corona de espinas en memoria de los sufrimientos del Redentor; colocóse sobre su pecho, entre sus manos plegadas, una cruz de madera, y los diez anacoretas de rodillas en torno á su lecho de muerte, empezaron á recitar en voz baja y entre sollozos las preces de los agonizantes.

Cuando concluyeron, habia un justo mas en el cielo y un santo menos en la tierra.

La espacion era completa.

Y ahora, si por acaso os ha llamado la atencion el nombre de Ramiro al hablar del cenobita que oyó las últimas voluntades del antiguo mendigo nos apresuraremos á deciros que, en efecto, como su nombre os lo habrá permitido sospechar, Ramiro era español; hijo á lo menos del país que cuenta reinos por provincias.

En espacion de qué crimen ó en cumplimiento de qué voto habia Ramiro abandonado su encantadora patria, para ir á habitar, pobre penitente, una de las rocas del Carmelo?....

Esto es lo que luego os diremos, si os place oír una peregrina y caballescá historia de amores como nos lo cuentan á cada paso nuestras crónicas españolas.

Entretanto prosigamos nuestra relacion. No tardaremos en llegar á la historia, y despues de ella al *Desierto de las palmas*, del que bastante nos vamos alejando por cierto.

V.

LOS CARMELITAS.

SEGUN dice un autor, podriáanse muy bien comparar ciertas instituciones religiosas á esos rios cuyos manantiales han quedado desconocidos. Resto inagotable de conjeturas, su origen jamás se acabaria de poner en claro.

Algunos autores, y esta es al parecer la opinion mas apreciada, hacen descender los Carmelitas de los profetas Elías y Eliseo, de quienes el Carmelo, montaña de Fenicia, fué, durante largos años de persecucion, el retiro y el refugio.

Otros hay que les señalan por fundador al mismo Jesucristo.

Otros en fin discuten largamente dando acopio de razones para designarles otros orígenes.

Estas diversas opiniones produjeron en el último siglo una encarnizada guerra de volúmenes *in folio* entre los Jesuitas y Carmelitas, guerra que llegó á ensañarse tanto, que el papa hubo de prohibir á los combatientes que siguieran en esta cuestion cuya solucion fué dejada para mas adelante, para mas pacíficos tiempos.

Si nosotros hemos tomado por guia, en medio de ese dédalo de suposiciones, al monje griego Focas, contemporáneo de los hechos que acabamos de transcribir, y al escritor francés Luis Lurine, que segun lo hemos referido nosotros lo refiere, es porque su relacion nos ha parecido reunir todos los caracteres de la verdad. Solo debemos hacer una reserva: ese opulento señor calabrés, impelido de pronto hácia Dios despues de grandes desórdenes de una vida del todo mundana, Focas nos lo presenta menos como el fundador que como el restaurador de la orden de los Carmelitas. Ahora bien,

cual era su nombre? Esto es lo que ha olvidado decirnos nuestro historiador.

Sea lo que fuere de esos diversos orígenes, proseguiremos nuestro camino puesto ya el pié en un terreno menos resbaladizo.

En 1209, Alberto, patriarca de Jerusalem, dió una regla á los diez monjes que habíanse sucesivamente apresurado á alinearse bajo la disciplina del sublime penitente cuya vida y muerte hemos contado. Esta regla, que constaba de 16 artículos, fué aquel mismo año aprobada por el papa Honorio III.

Bien pronto se hallaron inquietados en su pobre monasterio esos religiosos que á imitación de los antiguos Eliotas habian escogido el Carmelo como punto para dirigir sus preces al Eterno. Sostuviéronse al principio con valor y resignacion, pero las persecuciones contra ellos ejercidas llegaron á ser tan violentas, que al anuncio del próximo desembarco de San Luis que iba á su vez á probar de arrancar por las armas á los infieles la tumba tan vivamente disputada de Cristo, enviáronle un secreto mensaje para que les prestara un apoyo.

El monarca cristianísimo recibió al diputado de los Carmelitas cuando acababa de poner el pié en las playas donde sus armas debian ser tan poco afortunadas. Dióles el santo rey asilo en su campo y se los llevó consigo á Francia en 1238, siendo instalados en París por sus cuidados en un local á propósito.

Su institucion hizo rápidos progresos y aun no habia transcurrido un siglo que ya contaban mas de cien casas de su regla. Los papas Inocencio IV y Eugenio IV los dividieron en dos ramas. Los unos, que tomaron el nombre de Carmelitas *mitigados*, fueron colocados bajo la obediencia de un general y de un vicario general que mandaban á cuarenta provincias y á la congregacion especial de Mantua, los otros fueron colocados bajo las órdenes de dos generales, residente el uno en España y dirigiendo ocho provincias, el otro en Italia dirigiendo doce repartidas por diversos puntos de Europa.

Su regla primitiva era austera y terrible.

Sus celdas tenian por adorno una cruz de papel y una calavera. Dormian sobre paja y no comian vianda mas que *in extremis*. Partida entre el ayuno y la oracion, su vida, incesante aspiracion hácia el cielo, era una penitencia de todas las horas, una espaciacion de todos los minutos.

Pero, atended; oís la campana del convento que suena? Es la hora de cenar. Entrad conmigo en esa sala fria y desnuda que sirve de refectorio á nuestros santos mendigos. Una lámpara de hierro, fijada por una triple

cadena á una de las vigas negruzcas y macisas del techo, esparce una sombría claridad. Diríase una lámpara sepulcral.

Todos están en pié, y llegamos en el momento que se están santiguando. Se recita en voz alta el *Benedicite*. Que veis ante ellos? algunas pobres legumbres nadando en un caldo rojizo. Y allí, precisamente en el centro de la mesa, mirad, miradlo bien, qué es lo que veis?

Una calavera.

Se ponen á comer. Solo uno entre ellos no come. Qué es pues lo que hace? Desnudo hasta la cintura, cubiertos de ceniza los cabellos, coronada de espinas la frente, y una pesada cruz de madera sobre el brazo izquierdo, se pasea en torno de la mesa azotándose y salmodiando con el mas lúgubre tono las preces de los difuntos. Hoy es su turno, mañana será el turno de otro.

La comida ha terminado. Uno de los convidados se levanta, el mas viejo, el que tiene los ojos mas hundidos, la barba mas blanca. Coje la calavera de encima la mesa, y presentándola á cada uno de los monjes, que se inclina devotamente, plegadas las manos y pegados los labios á su escapulario:

— He ahí, hermano, le dice, así sereis despues de la muerte. Pensaríais aun ahora en beber y en recrearos?

Esta completa renuncia á las vanidades y á las alegrías de este mundo, esplica el ardiente entusiasmo de que se mostraron animados, en las épocas de fervor religioso, esos hombres que no tenian mas que un pensamiento, la muerte, porque la tumba hácia la cual volvian sin cesar los ojos en sus piadosas meditaciones era, para su fé de mártires, el vestibulo del paraiso. Pero si bien amurallaban su corazon por miedo de que no se les escapara, no siempre conseguian ahogar sus latidos. Y es que, por muy adelantados que estén en el camino de la perfeccion, los hombres son siempre hombres por algun lado, y la coraza de su virtud no es por lo regular tan sólida que el maligno espíritu, *quærens quæm devoret*, no llegue á descubrir el lado débil y no abra allí su agujero para por él introducirse.

Esta reflexion, que textualmente hemos tomado á un escrito contemporáneo y á una de nuestras viejas crónicas, puede servir de introduccion á las líneas que á continuacion tenemos que escribir.

Prosigamos.

No tardó la historia en consignar en sus anales una era nueva para los Carmelitas, cuyo general Juan Sorat, fraile normando, acababa de establecer conventos de mugeres sometidos á las reglas de esta orden; conventos que

se multiplicaron tanto que en pocos años llegaron á ser tan numerosos como los de los mismos varones.

La edad media acababa en esto de exhalar el último estertor de su espléndida agonía en medio de las magnificencias de la corte de Roma bajo Leon X, de las imperiales grandezas de la corte de España bajo Carlos V, y de las galantes intrigas y caballerescas escenas de la corte de Francia bajo Francisco I. Presentóse el *renacimiento* á recoger su herencia y á iluminar con la equívoca luz de su antorcha los postreros instantes de su ilustre antecesora.

Apareció en seguida Lutero como un cometa ensangrentado que, profeta de desastres, atraviesa la límpida bóveda del cielo. La unidad de la Iglesia arrojó un suspiro y huyó destruida, la unidad política lanzó un grito y se estremeció amenazada. Dividióse la Europa; relució la espada á los rayos de un sol que ya no volvió á salir mas que para presenciar horrores y desastres; la guerra estalló por todas partes, una guerra terrible, sin piedad ni misericordia.

Todo un siglo duró. Muchas conciencias vacilaron y sonrieron á las nuevas máximas que resonaban de polo á polo, lanzadas como dardos por hombres decididos desde lo alto de sus improvisadas tribunas. La duda se halló á cada paso cara á cara con la fé. Audaz y sarcástica la primera, tímida y resignada la otra, ya se comprenderá que no en todas las luchas la fé se llevó la palma.

La Europa, en fin, pasó por una gran crisis, que como todas las crisis, produjo su reaccion. El fervor cristiano volvió á alzar la cabeza, pero, doloroso es decirlo, no fué ya un fervor como el que habia impelido á los primeros anacoretas á poblar las soledades de la Tebaida; como el que habia arrojado á los antiguos Eliotas sobre los picos del Carmelo; como el que un día hiciera resonar con sus cánticos sagrados las misteriosas catacumbas, inspirando sublimes acciones á los mártires que tranquilos pisaban la arena del circo, yendo ellos mismos al encuentro de las fieras que debian devorarles. Ay! no, fué un fervor sin conviccion, sin austeridad; un fervor que mas se preocupaba de los intereses del mundo que de las glorias del cielo; fervor, en fin, bastante hipócrita para arrastrar tímidas é inespertas voluntades, demasiado mundano para merecer un lauro á los ojos de Dios; bueno cuando mas para hacer soldados, impotente en un todo para hacer mártires.

En esos tiempos de lucha, de lucha aciaga por cierto, las casas religiosas fueron multiplicándose. Hombres y mugeres, durante los horrores de aque-

lla sangrienta y prolongada guerra, se presentaron á llamar á las puertas de los conventos, corrieron á poblar las estancias de esos piadosos retiros que por todas partes se elevaban. Y no hombres y mugeres cualesquiera, sino hombres y mugeres de la primera nobleza, de las mas altas y mas opulentas familias.

Como sucedió, no lo diremos nosotros ni trataremos tampoco de averiguarlo, pero el caso es que no faltaron entonces conventos que comenzaron á echar en olvido la severa y cristiana regla que tenian de sus fundadores. El primer paso en todas las cosas conduce y compromete á dar los demás. Siempre se ha visto así. Es casi una ley de la humana naturaleza.

Tenemos que decirlo, los Carmelitas fueron los primeros en lanzarse con la cabeza baja por el camino que ante ellos se abria. No tardaron en pedir y obtener dispensas y mitigaciones para su regla: el trabajo y la pobreza fueron desconocidos en sus conventos que empezaron á ostentar una desusada opulencia.

Así como las discordias civiles habian sucedido al cisma y la herejía reemplazado á la guerra, así los mundanos pensamientos, precipitándose en tropel, arrojaron de su trono á la antigua sencillez monástica.

Oh! sin duda el ángel protector del monte Carmelo debió de esconder la ruborizada frente entre sus púdicas alas.

Qué se habian hecho aquellos primeros y dignos Carmelitas, humildes, piadosos, santos solitarios que apagaban su sed con el agua de los torrentes y calmaban su hambre con yerbas y raices?... que se habian hecho aquellos sublimes varones que vieran en el desierto nacer y crecer su orden, que consagraban todos los instantes de su vida á los ayunos, á las vigiliias, al retiro, á la oracion, que nada conocian del mundo y que oian solo, como un sordo y lejano murmullo, el ruido de las ciudades que iba á estrellarse al pié del árido monte en cuyos elevados picos habian labrado, religiosas águilas, sus austeras habitaciones?...

Ay! habian desaparecido quizá para no volver mas, sus hijos habian echado en olvido sus religiosos preceptos, sus hijos que habian notablemente relajado su regla, y que estaban ya bien léjos de cifrar en la pobreza, en la caridad y en la virtud su único influjo.

Corramos un velo, como decian nuestros cándidos padres al tener que escribir sobre asuntos demasiado profanos ó demasiado peligrosos.

Tal relajacion necesitaba una pronta reforma. Dios envió á los Carmelitas un reformador.

Este reformador fué una muger.

Contaremos la historia de esa muger siguiendo paso á paso á uno de sus mas escelentes y mas verídicos biógrafos.

Su vida es todo un poema.

En una bella mañana de otoño del año 1527, un niño y una niña, esta de doce años todo lo mas y aquel de diez, seguian un camino sombreado de árboles que aparecia á no mucha distancia de Ávila en Castilla la Vieja. Andaban los dos cojidos del brazo, apresurándose tanto como les permitia su tierna edad, y sin decirse una palabra. Eran dos hermanitos.

Largo rato hacia ya que marchaban sin calmar su paso precipitado, hasta que al fin, algun tanto rendidos por la fatiga, detuviéronse de comun acuerdo y se sentaron á descansar un momento bajo un árbol.

La niña entonces abrió un libro que llevaba bajo el brazo y empezó á leerle algunas páginas á su hermanito, que con particular atencion la escuchaba.

Aquel libro era la *Vida de los Santos*.

— Oh! sí, sí, dijo de pronto la jóven dejando de leer, — ya lo ves; casi á todos, sus virtudes les han conseguido el martirio y el martirio les ha abierto las puertas del paraíso. Debemos imitarles.

— Debemos imitarles, — replicó con voz dulce su hermano que parecia hallar en la exaltacion de la jóven la propia exaltacion que se veia brillar en sus ojos.

Y entrambos se levantaron emprendiendo de nuevo con paso rápido su camino.

Dónde iban aquellas dos tiernas criaturas solas por un camino desierto?

El galope de un caballo se dejó oír repentinamente, y una revuelta del camino les puso delante de un ginete á cuya vista los dos hermanos lanzaron un grito de asombro y de sorpresa. Tambien lanzó el caballero un grito de admiracion al verles, y, parando su caballo, echó pié á tierra y se acercó á los niños que, trémulos y confusos, se habian retirado á un lado del camino. Hizoles innumerables preguntas á las que debieron de contestar sin duda con una candidez y una injenuidad notables, pues que varias veces hicieron asomar la sonrisa á los labios del caballero. Por fin, tomando este á la jóven en sus brazos y sentando al niño en la grupa, volvió á montar á caballo y entró con los dos fugitivos en Ávila donde hallaron á un padre que les riñó mucho y á una madre que los abrazó con ternura.

Estos dos niños, en el momento en que habian sido hallados por el caballero que no era otro que tio, iban..... iban..... Estariais un siglo para adivinarlo, lectores míos.....

Iban á buscar entre los moros la palma del martirio.

Uno ó dos años despues de la escena que acabamos de referiros, si quereis seguirme y penetrar conmigo en el viejo salon de una antigua casa de Ávila, volveremos á encontrar á nuestra misma jóven sentada en un taburete junto á una ventana leyendo un libro, recorriendo con atencion unas páginas cuya lectura debe absorverla mucho é impresionarla por demás pues que sus ojos se llenan á cada momento de lágrimas y su frente se ilumina con religioso fervor.

El libro que tanto la ocupa es tambien la *Vida de los Santos*.

Á pocos pasos de ella, hundida en un ancho sitial, está su madre, absorta como ella misma en la lectura de un libro. Sin embargo, esta lectura produce en ella un efecto distinto que en su hija, pues que sus mejillas se tiñen con el encarnado del placer, sus labios se abren á menudo para dar paso á una sonrisa, sus ojos brillan de curiosidad y las páginas se van volviendo rápidas al contacto de un dedo que se diria lleno de febril impaciencia.

Á la hija, su libro la arroba y encanta; á la madre, su libro la interesa y arrastra. La primera parece detenerse á cada párrafo como para saborear un dulce y tranquilo bienestar; la segunda devora las páginas como ansiosa de llegar cuanto antes al fin.

Tal era la posicion de ambas cuando se oyeron pasos en el corredor. Á este ruido la madre de la jóven arrojó presurosa el libro bajo el sitial y llevó la mano á sus ojos como una muger que se despierta.

No habia escapado este movimiento á la hija y en su rostro se pintó la sorpresa que le causara.

Un caballero alto, flaco y grave se presentó en el umbral de la estancia é hizo una seña á la madre que, levantándose, salió tras de su esposo.

En cuanto hubo vuelto la espalda, la jóven, impelida por el demonio de la curiosidad, que es el demonio tentador de las niñas y de las mujeres, corrió á la puerta, aseguróse por el rumor de las pisadas de que sus padres se alejaban, y se lanzó en seguida hácia el sitial donde un momento antes estaba sentada su madre.

El libro misterioso se hallaba en sus manos.

Era una novela de caballeria como tantas corrian de mano en mano en aquella época.

Devoró con rapidez algunas páginas, volviendo á cada instante los ojos hácia la puerta por temor de verse sorprendida, y cuando oyó los pasos de su madre que volvia, depositó de nuevo el libro en el sitio donde le habia hallado y, trémula y conmovida, corrió á sentarse en su taburete junto á la ventana.

Habia la jóven leído lo bastante para sentirse vivamente impresionada, para sentir en su mente bullir un mundo enteramente nuevo de ideas. Toda la noche la pasó pensando en las bellas cosas que habia leído.

La *Vida de los Santos* fué olvidada.

La incauta niña sabia ya que cosa era el amor.

Esta niña, — hora es ya que les digamos su nombre á los lectores — se llamaba Teresa; habia nacido en Ávila el 12 de mayo de 1515 y era hija del hidalgo Don Alonso Sanchez de Cepeda y de la noble señora Doña Beatriz de Ahumada, entrambos de calificada nobleza.

Con la libertad que nos concede nuestra mision de escritor, pasaremos en silencio algunos años de la vida de Teresa; algunos años transcurridos en la paz y quietud de su casa que tenia algo de claustral, pues su padre, severo hidalgo cortado á la antigua usanza, era de una extrema rigidez de costumbres. Teresa, pues, no veia mas que á algunos parientes que visitaban de vez en cuando á su familia, y sus tiernos lamentos de niña, sus apasionados suspiros de jóven se estrellaban en las rejas de su cuarto que los rechazaban volviéndoles á dejar caer, pesados como plomo, sobre la frente mústia antes de tiempo de la que los habia proferido.

En esto murió la madre de Teresa.

Las inquietudes de su padre fueron entonces mas vivas é instó á su hija para que se retirara momentáneamente al convento de Agustinas de Ávila. Despues de algunas negativas, Teresa cedió á sus instancias. Los piadosos ejemplos que tuvo á su vista en aquella santa casa la volvieron á Dios. Efectuóse en sus ideas un gran cambio y resolvió abrazar la vida religiosa. Opúsose su padre á semejante proyecto, pero ella no hizo caso y una noche, evadiéndose de su celda, se dirijió al convento de las Carmelitas de la Encarnacion de Ávila, donde al dia siguiente era recibida entre sus novicias.

En setiembre de 1534 pronunció sus votos. Tenia entonces diez y nueve años.

Los rigores del claustro la fatigaron; su salud no tardó en sentirse quebrantada. Pidió su padre que se le permitiera llevársela á su casa para cuidarla con toda la delicadeza que su estado merecia. Accedió la superiora,

pero habian apenas transcurrido cuatro meses, cuando ya Teresa exigia que se la volviera á su convento. Aun estaba sin embargo muy débil. Por espacio de tres años no pudo hacer uso ninguno de sus miembros inmovilizados por la parálisis. Condenada á no dejar su lecho mas que por el sillón, en el que se la sentaba cada dia algunas horas, Teresa entró en reflexiones consigo misma, investigó y sondeó hasta en sus profundidades mas ocultas los pliegues de su alma, y se enamoró de la soledad. Su alma amante, entusiasta, se exaltó en la contemplacion de su divino Esposo hasta la mas embriagadora delicia. El uso frecuente de los sacramentos le dió transportes de que ninguna pluma sabia explicar la estática y soberana dulzura. En fin restablecióse su salud, pudo andar, pudo obrar.

La casa de las Carmelitas de la Encarnacion no tenia completa clausura. El locutorio de este convento, segun espresion de un biógrafo, era como una especie de país neutral donde, á ciertas horas del dia, se hallaban en toda libertad el espíritu del claustro y el espíritu del mundo. Teresa se presentó. Fué la reina. La belleza de su rostro, tan apasionado bajo su palidez, y los encantos de su conversacion le formaron una corte. Algunas palabras que no provenian ciertamente del cielo, fueron pronunciadas en voz baja á su oido; la vanidad y la coquetería se deslizaron de nuevo en su corazon.

Dios la abandonó.

La muerte de su padre que lloró amargamente, fué para ella como una solemne advertencia para cambiar de vida. Probólo, pero sus esfuerzos no consiguieron mas que medias victorias seguidas de completas derrotas. El velo que se hacia cada vez mas espeso ante sus ojos, le impedia ver la luz celeste. San Agustin fué su salvador; sus *confesiones* fueron el instrumento de su salvacion. A partir de esta nueva renuncia hecha al mundo, su existencia, para servirnos tambien de la espresion de uno de sus biógrafos, no nos aparece ya mas que como una sólida cadena de virtudes y sacrificios.

En 1562, Teresa emprendió la reforma de su orden para resistir á las seducciones del luteranismo. En Ávila misma fué donde fundó su primer monasterio llamado de San José, del que cuatro hermanas del convento que abandonó tomaron posesion con ella. Su antigua superiora les mandó volver al claustro de Carmelitas de la Encarnacion.

Se negaron.

Despues de dos años de negociaciones, la reformadora triunfó.

Simple religiosa primero, tuvo que tomar entonces, por mandato espreso de su obispo, el título de superiora de la casa que habia creado.

Atemoriza el pensar solo en los rigores de la regla que estableció. Pámpanos, bellotas y algunas veces un huevo, componian todo su alimento y el de sus religiosas. Sus piés estaban desnudos en una sandalia de madera. Tenian un lecho de paja sin abrigo, aun en la época de los frios mas rigurosos; pero sus espíritus gozaban las delicias de los justos y sus corazones ardian en santo amor.

En 1566, el superior general de los Carmelitas hizo una visita á Teresa en su convento de Ávila y la autorizó para instituir otras casas bajo el mismo plan. Bien pronto su solicitud veia elevarse dos nuevos conventos reformados en Medina del Campo y en Toledo. Infatigable en su celo, concibió la idea

de extender su reforma á los Carmelitas mismos y de esta reforma se ocupó en empresa en la que le ayudaran algunos honrados eclesiásticos.

La reforma introducida por Teresa habia mgvido gran ruido en Europa y suscitado contra ella y los que la habian secundado, muchos odios y celos. Los Carmelitas pusieron el grito en el cielo y se unieron contra los reformadores, bastante audaces para ir á turbarles en su dulce quietud. Apoyados por el Santo Oficio, motejaron á Teresa de *loca*, y á Fray Antonio de Heredia y San Juan de la Cruz que la secundaban de *hipócritas*, valiéndose de todos los medios posibles para impedir que la reforma pasara adelante.

La reforma se llevó á cabo no sin que fueran sus primeras víctimas sus mas decididos defensores.

La misma Teresa no escapó á la persecucion pues que fué, por orden de sus superiores, estrechamente detenida durante varios meses en un monasterio. Sin embargo, bastó para calmar esta borrasca la gran autoridad que le daban sus virtudes y su genio. El superior general de los Carmelitas puso bajo el gobierno de un provincial de su orden las treinta casas que habian recibido la reforma de Santa Teresa.

Tantos trabajos y privaciones habian destruido su salud, y á su paso por Medina, murió el 4 de octubre de 1582 á los 67 años de su edad y á los veinte despues de la reforma. Su cuerpo fué enterrado en el convento de Alba donde aun se conserva.

Teresa fué canonizada en 1622, bajo el pontificado de Gregorio XV. Era justicia. Ya en 1614 habia sido beatificada por Paulo V.

El mismo Gregorio y Urbano XIII la han honrado con el título de *doctor de la Iglesia*. Justicia tambien. Título es que lo habia gloriosamente conquistado con los numerosos escritos salidos de su corazon, caidos de su pluma, arrancados á su ascético entusiasmo.

Las cortes de 1617 y de 1626 la elijieron por patrona y abogada de estos reinos para invocarla en sus necesidades, y las cortes generales y extraordinarias de 1812 ratificaron esta disposicion en 28 de junio.

Tal fué esa mujer poética, peregrina figura que asoma deslumbradora en el nebuloso horizonte de nuestro siglo XVI.

Un gran filósofo ha dicho de ella:

«La vida de Santa Teresa se halla reasumida toda entera, en esta sola palabra: amor.»

Despues de la muerte de Santa Teresa, la reforma siguió su marcha impelida por los esfuerzos de San Juan de San Matías ó de la Cruz y del padre Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, dos de las mas ilustres víctimas de la misma reforma.

Entonces fué cuando empezaron los Carmelitas.

Al llegar á Francia los primeros Carmelitas con San Luis, iban vestidos con un hábito pardo por encima del cual llevaban una capa listada de blanco y de color de atezado lo que les adquirió el nombre de *barreados*, pero dejaron esas capas abigarradas despues del capítulo general celebrado en Montpellier en 1287. Cambióse entonces su traje y desde entonces consistió en un hábito negro con un escapulario y una capilla del mismo color y por encima una como muceta de color blanco.

Esos religiosos formaban una de las cuatro órdenes mendicantes. Tenian opulentos y lujosos monasterios. Posterior á la reforma, que no fué del gusto de todos como hemos visto, se les reprochó los gustos mundanos y los vicios de los templarios, particularmente en Francia donde se mezclaron con los asuntos políticos tomando una parte muy activa en favor de la Liga. No dejaron sin embargo en señaladas épocas de hacer grandes beneficios á la religion.

Y ahora que ya tenemos concluido un imperfecto bosquejo de esta órden de la cual aun probablemente tendremos que ocuparnos mas adelante, ahora llegariamos ya al *Desierto de las palmas* donde definitivamente nos vamos ya aproximando, si en nuestro camino no tropezáramos con una historia que hemos prometido á los lectores.

La de Ramiro, uno de los diez anacoretas del Carmelo.

Prestadme pues atencion.